

Haití: barajar las cartas nuevamente después del 12 de enero*

Suzy Castor**

A la memoria del profesor Jean Anil Louis-Juste, vilmente asesinado unas horas antes del sismo.

Todos somos sobrevivientes del 12 de enero de 2010. Treinta y tres segundos de este terremoto con una magnitud de 7 grados en la escala Richter nos llevan a un resultado catastrófico: 200 mil muertos, 250 mil heridos, más de 4 mil mutilados físicos, millones de traumatizados psicológicos, un millón y medio de nuevos pobladores sin techo, más de 500 mil desplazados, pérdidas materiales y dramas de dimensión individual, familiar, organizacional y nacional.

Un terremoto conmovedor

Cada haitiano de la zona metropolitana y de las comunas cercanas grabó este momento en su memoria, momento que duró el lapso de un parpadeo pero que ha dejado huellas indelebles. Nos acordamos de los hechos y de las sensaciones de este momento hasta en sus más mínimos detalles... Reflexionamos todavía sobre este minuto, esta decisión, este gesto que se hizo o que no se hizo y que selló la diferencia entre la vida y la muerte... Nos persiguen con tenacidad las llamadas sin eco en la búsqueda de un ser querido, la esperanza incluso ante la evidencia, la angustia, de no poder sacar vivos a los que se comunican todavía bajo los escombros, el derrumbamiento de las casas, edificios, casitas —fruto de tantos sacrificios que se han llevado, sin avisar, los recuerdos de toda una vida—, la mirada enloquecida de los sobrevivientes expresando su desamparo y sus interrogantes... Las pérdidas no materiales, que nos son todavía imposibles de evaluar, profundizan aún más el vacío que todos sentimos. El descubrimiento del horror que, con pudor o como efecto de teatro, se ha revelado y se revela todavía ante nosotros, poco a poco, en toda su dimen-

* Traducción del francés al español por Alexandre Beudoin Duquette, posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.

** Fundadora e investigadora del Centre de Recherche et de Formation Economique et Social pour le Développement (CRESFED), Haití.

sión... Y la vida debe de continuar a pesar de las frustraciones, las penas, las carencias de todo tipo y, en especial, del abismo de la ausencia de seres queridos, con esas heridas vivas o esta tristeza que nos envuelve.

¡Levanto mi sombrero a la solidaridad entre haitianos! Pese a la ausencia del gobierno, de la Misión de la ONU para Haití (MINUSTAH), de la policía nacional, de los bomberos, de la ayuda internacional, si el país ha podido sobrevivir al caos de los cuatro largos..., largos, primeros días; a pesar de todo, si el fuego y la violencia no han surgido de inmediato durante esta catástrofe natural; si la vida ha continuado y se ha organizado, es gracias a esta solidaridad e incluso a este heroísmo de un gran número de haitianos de todas las edades y clases sociales. Con las manos literalmente desnudas, brigadas de ciudadanos y de socorristas voluntarios se organizaron para el rescate de sobrevivientes bajo los escombros o para asistir a los heridos, con pocos recursos y mucho ingenio. Sábanas blancas, surgidas de quién sabe dónde, han tratado de brindar una cierta dignidad a esos miles de cadáveres de parientes, amigos, o simplemente desconocidos.

En medio de este derrumbe apocalíptico de la ciudad y de los símbolos del Estado, muchos —quizá con credulidad e incluso con ingenuidad— nos hemos puesto a soñar con la idea de ver, en la madrugada del 13 de enero, al Presidente, de pie, ante el Palacio Nacional fuertemente resquebrajado, acompañado de su equipo de gobierno y de ex presidentes de la República que han vivido en carne propia las angustias de estos segundos. Deseábamos tanto, en esta nueva prueba, oír un mensaje a la nación llamando a cerrar filas, a movilizar todas las fuerzas para salvar a la patria en peligro, a anunciar inmediatamente algunas medidas de apoyo con nuestros escasos recursos, a recordar que formamos una sola nación y un solo país y a afirmar con convicción que en esta nueva etapa de nuestra vida de pueblo nada podría seguir igual que antes del 12 de enero... ¡Lástima!

Nos descubrimos ante el representante especial de las Naciones Unidas, Heidi Annabi, los 200 profesionales veteranos o jóvenes, civiles o militares procedentes de 25 países, en el marco de su misión internacional. El clamor de la solidaridad de los gobiernos y de los pueblos se alzó de manera extraordinaria. El calor de los amigos en el exterior nos ha infundido en todo momento mucha fuerza. Las voces de la vecina República Dominicana, de Cuba, Estados Unidos, Canadá, América Latina, Europa y del resto del mundo han comulgado intensamente con Haití en su dolor, y se pusieron de inmediato a buscar una expresión activa de apoyo a este país hermano.

La primera fase post-sismo, el rescate de los sobrevivientes bajo los escombros, ya está rebasada. Aun cuando se dieron hechos increíbles (como el de un

bebé que salió vivo de las entrañas de un edificio derrumbado después de 10 días, o sobrevivientes rescatados después de 14 días), podemos afirmar en este momento que ya no hay vida bajo los escombros. Por lo tanto, se inicia el largo camino de una nueva etapa la urgencia de la rehabilitación y de la reconstrucción inmediata a corto y mediano plazo.

La destrucción material ha alcanzado niveles insospechados. La restauración de los edificios públicos (entre otros, los palacios presidencial, legislativo y de justicia, los ministerios, etcétera), las escuelas, las iglesias, los comercios, las fábricas, las casas privadas, tanto en los *bidonville*¹ como en las zonas de la clase media o de la burguesía, la infraestructura destruida, y muchos más, demandarán inmensos recursos financieros. Las pérdidas en cuanto a vidas humanas representan el balance más abrumador, dado que cada vida es irremplazable. Sin embargo, no podríamos dejar de mencionar la desaparición de centenares de cuadros experimentados o funcionarios entrenados en la estructura permanente de la función pública. Por otra parte, el inmediato éxodo masivo ha drenado, quizá definitivamente, a miles de profesionales, jóvenes universitarios y estudiantes. La falta de recursos humanos que padece Haití, acelerada a partir del 12 de enero, tendrá un fuerte impacto sobre el futuro de la nación.

Un millón y medio sin techo, fuentes de trabajo en los sectores formales e informales volatilizados. Las repercusiones del sismo, lejos de circunscribirse a la zona metropolitana, se han hecho sentir profundamente en todo el país. En efecto, la macrocefalia de Puerto Príncipe, con su población imposible de administrar, ha vertido, primero de manera espontánea, y luego impulsada por el gobierno, cerca de 500 mil refugiados hacia las provincias. Así, ha quedado en evidencia la ausencia de alojamiento, de infraestructura, de servicios y las grandes limitaciones administrativas y financieras de nuestras ciudades. Ya despuntan virtualmente problemas aún mayores, inherentes a esta nueva situación, si no se toman y aplican inmediatamente las disposiciones adecuadas para evitarlos. Espontáneamente, la descentralización se impone como una de éstas. Pero, ¿cómo administrarla?

Para los actores, todo cambia

Esta catástrofe, que rebasa, por su magnitud, todo lo que podríamos imaginar, ha sido reveladora de las fallas políticas y sociales, dado que, desde hace mucho

¹ Barrios en donde abunda la miseria y las casas construidas con los recursos que se encuentran a la mano. Por esta razón se llaman "bidon" (barril) "ville" (ciudad). Se trata de un fenómeno similar al de las "ciudades perdidas" en México y las *favelas* en Brasil.

tiempo, las advertencias reiteradas de los especialistas y no especialistas dejaban presagiar lo peor si no se adoptaban algunas medidas. La construcción salvaje de las ricas quintas flanqueadas en las faldas de los cerros, o la multiplicación de las “ciudades miserias” recostadas en la cama de las numerosas barrancas, la insalubridad, la deforestación, la explotación desenfrenada de las canteras de arena del Morne L’Hopital formaban el conjunto de las condiciones de una muerte anunciada de la zona metropolitana.

Es verdad que la solución de los problemas es de todos los ciudadanos, pero incumbe en primer lugar a los poderes públicos. En el momento del sismo, si bien es cierto que aceptamos otorgar al Presidente y sus ministros el beneficio del estupor paralizante del primer instante —aunque incontestablemente inaceptable de parte de los dirigentes—, ya es tiempo de sentir que el Estado toma las riendas y adopta medidas exigidas por la nueva situación. La incapacidad de nuestros dirigentes en cuanto a la previsión y la gestión de la catástrofe, así como su completa dependencia de la ayuda del extranjero han estado claras. Ninguna orientación para la gestión de la ayuda humanitaria, ningún plan de emergencia. Ciertamente es que, desde el 16 de enero, algunas medidas han sido adoptadas poco a poco, pero no se puede negar que el plan gubernamental, estratégico y coherente, para encauzar el país en la vía de la reconstrucción y, sobre todo, el llamado a todas las fuerzas vivas de la nación, desechando toda posición de clanes y de intereses de grupo, no han sido lanzados todavía.

Hemos elegido a un Presidente para cinco años y su mandato termina el 7 de febrero de 2011. ¡Es decir, trescientos setenta y cuatro días después de este 12 de enero! Una recuperación verdadera del Presidente y del gobierno se impone; de no suceder, el aguijón de las presiones de la población tendrá que obligarlos a tomar las medidas indispensables y algunas de éstas podrían ser impopulares. En este momento decisivo, el Presidente tendrá que definir su papel, manifestar su liderazgo y garantizar el rumbo del país. Para él, se imponen las necesidades de restituir la nación, de orientar la visión de la construcción y de la reconstrucción de nuestra infraestructura, así como la de proyectar el porvenir. Tiene que asumir, si es necesario, la reorganización del gobierno actual y tomar la iniciativa de someter formalmente una propuesta a los partidos políticos, a los diversos sectores de la sociedad civil y a la población en general.

Quizá no nos estemos equivocando al afirmar que lo que nos espera es lo más difícil, y que la reconstrucción y la construcción, sumadas a nuestra larga crisis estructural, tomarán mucho tiempo. Los partidos políticos y la sociedad civil organizada —la cual, a pesar de vientos y mareas, incomprensiones, avances y retrocesos ha realizado la abrumadora tarea de su estructuración— deben

abordar, de manera consensuada con el gobierno, esta coyuntura que exige mucho más visión, sacrificios y superación.

La debilidad de los partidos políticos es flagrante. El movimiento de reagrupación iniciado (¡por fin!) desde hace algún tiempo ha encontrado un catalizador para lograr ofrecer, a pesar de los diferentes intereses, una alternativa a la nación. Ausentes inmediatamente después del cataclismo, los partidos deben de reconstituirse ahora dentro de un "concubinato" con la población, particularmente en este momento de extremo sufrimiento, dar a conocer su programa y su proyecto de sociedad en un lenguaje accesible para todos los sectores, ya que, en el mundo de hoy, la comunicación sigue siendo un instrumento primordial. Convertidos en interlocutores obligados del Ejecutivo y de la presencia internacional, sus propuestas (por ejemplo, los 16 puntos presentados por la *Alternative*) y su exhortación constructiva tendrán que orientarse, siempre en el interés de la nación, a la adopción de medidas y contribuir a la solución de problemas cruciales a los cuales se enfrentará el país.

La sociedad civil organizada también ha estado ausente, además de que es débil. Este post-sismo le ofrece la oportunidad de dinamizarse, de organizarse en sectores para ofrecer propuestas de soluciones capaces de garantizar la buena marcha de la reconstrucción en sus distintos aspectos. La sinergia constructiva con los partidos políticos abrirá el camino a intercambios fructíferos, orientaciones juiciosas y a la plena participación en esta empresa que, más allá de sus contornos materiales, implica el nacimiento de una nueva sociedad porque aquí nadie debe de equivocarse: nada podrá ser como antes del 12 de enero. Para salir de esta crisis multiforme, que afecta desde hace tanto tiempo a la sociedad haitiana, los quiebres son, más que nunca, obligatorios. A lo largo de este camino, se construirá el liderazgo individual y colectivo que nos hace tanta falta.

Hay que repetirlo: Haití no puede enfrentarse eficientemente ni a la urgencia de la catástrofe ni a la reconstrucción sin la ayuda internacional que, por cierto, se ha manifestado de manera multiforme y ha sido extraordinaria y conmovedora. Incluso se han creado situaciones inéditas, como el caso de Cuba, que abrió su espacio aéreo a los aviones militares estadounidenses. La militarización de la ayuda humanitaria y la llegada exagerada e incluso irritante de los 16 mil *marines* norteamericanos para acompañar la ayuda humanitaria nos pone a pensar y levanta numerosas sospechas, lo cual, sin embargo, no nos autoriza a compartir la opinión de los que hablan de ocupación, a menos de que existan datos todavía desconocidos por los haitianos. Ya desde los primeros días ha habido algunos deslices en cuanto a la gestión del aeropuerto y las protestas, en particular de Francia, Cuba y Brasil, y también en cuanto a las moda-

lidades de distribución de la ayuda. A pesar de las voces que reclaman el protectorado o la ocupación de Haití, podríamos pensar que el nuevo orden mundial ya no se presta para tal comportamiento en América Latina.

Sin embargo, una realidad salta a la vista: el vacío provocado por la ausencia del Estado y del gobierno ha alimentado la tutela en gestación que vive Haití. Omnipresente y omnipotente, a menudo, la comunidad internacional se encuentra, en sus diversos componentes (embajadas, instituciones internacionales civiles o militares, ONGS extranjeras), desarmada frente a este vacío, pero desafortunadamente, muchos actores internacionales aprovechan la situación para actuar como "les da la gana". Una vez más, el periodo posterior al 12 de enero ofrece la oportunidad de corregir el rumbo. En coordinación con los partidos políticos y la sociedad civil, el poder haitiano puede convertirse en un interlocutor válido, con un plan estratégico para orientar una cooperación. Solamente de esta manera podremos evitar el agravamiento de la situación de dependencia y devolver su verdadero sentido a la cooperación internacional.

Es correcto señalar que Haití, por razones históricas, entre otras, tiene un papel particular en la política interna de tres países. La política estadounidense, tradicionalmente heterogénea, podría oponer la visión del Pentágono y la del Ejecutivo. El éxito o el fracaso de esta salida post-sismo tendría repercusiones sobre las decisiones del presidente Barack Obama. Por otra parte, el presidente Leonel Fernández, en la República Dominicana, al adoptar, en la circunstancia presente, con celeridad y rapidez una política que busca escribir una nueva página en la historia de las relaciones haitiano-dominicanas, parece haber tomado por sorpresa a los "nacionalistas" dominicanos. Finalmente Brasil y su presidente Inácio Lula, en la afirmación de su política internacional, apostaron por Haití con, además, el fortalecimiento de los lazos culturales y afro-americanos que unen a los dos países.

Hay que barajar las cartas nuevamente

Los grandes desastres pueden provocar grandes sacudidas políticas y sociales, y a menudo representan un punto decisivo en la vida de los pueblos. El sismo de 1972 de Managua (Nicaragua), con un balance abrumador en cuanto a la destrucción de la ciudad y aproximadamente seis mil muertos y 20 mil heridos, causó un verdadero terremoto político para el régimen somozista, el cual no se pudo mostrar a la altura de la situación. Así, la crisis nacional se agudizó y contribuyó a fortalecer el movimiento sandinista que se encarriló sobre el camino del triunfo de julio de 1979. De la misma manera, la gestión inadecuada

del violento terremoto que destruyó, en septiembre de 1985, el centro de la Ciudad de México, significó el inicio del fin de la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI), el cual, sancionado durante las elecciones de 1988, vivió su primer fracaso electoral en el año 2000, con la pérdida de la presidencia después de un "reinado" de más de 71 años. Asimismo, podríamos citar la evolución de la situación luego del terremoto de 1976 en Guatemala; la avalancha de lodo del volcán Nevado del Ruiz en noviembre de 1985, en Colombia; el sismo de enero de 2001 en El Salvador y, finalmente, el huracán Katrina en Nueva Orleans en agosto de 2005, que tuvo fuertes repercusiones sobre el gobierno de George W. Bush y el Partido Republicano en Estados Unidos.

En cuanto a la gestión de la urgencia del post-terremoto en Haití, si los 600 campos de refugiados alzados de manera espontánea en la zona metropolitana y el problema de los refugiados en provincia no se atienden eficientemente, las explosiones sociales, rápidamente convertidas en motines políticos, pueden ser de mucho riesgo.

Es cierto que, en este punto decisivo, medidas correctivas son más difíciles de tomar. Con la pérdida casi total de lo poco que teníamos, el país se encuentra siniestrado. Grupos cada vez más numerosos de la población estarán en la más completa indignancia y las disparidades sociales se agravarán todavía más, pero también se nos ofrece una oportunidad. Deseamos ardientemente que este 12 de enero marque el momento de un nuevo comienzo para nuestra nación. Sin embargo, no debemos negar que las oportunidades no siempre desembocan en una vida nueva. En nuestra historia reciente, las coyunturas portadoras de esperanzas de 1986, 1991 y 2004 han constituido citas fallidas y han marcado las vicisitudes y la prolongación de la crisis de la transición haitiana de los 24 últimos años. Las oportunidades no lograrán concretarse espontáneamente para volverse realidad, exigen condiciones y acciones.

El camino será largo y puede ser muy difícil con las características de nuestra evolución reciente: el *laissez grenen*,² la ausencia de Estado, la autocomplacencia, el *chire pits*,³ la corrupción, la incapacidad de lograr una concertación, la exclusión social y el cáliz bebido hasta la última gota de siempre ser citado como el país más pobre, más corrupto, más dependiente, más incapaz, etcétera. La continuidad nos llevará al abismo. Varios ciudadanos, al considerar el comportamiento actual de ciertos actores claves del momento, se interrogan con

² *Laissez Grenen*: en *créole* haitiano significa dejar hacer (*laissez faire*) y que se refiere a una actitud caracterizada por el laxismo y la negligencia.

³ *Chire pits*: Expresión en *créole* haitiano que se refiere al litigio, la pelea, la disputa, el pleito.

angustia y dudan de la viabilidad del sueño de una reconstrucción grandiosa, la cual se presenta como una oportunidad para que Haití entre al siglo XXI con una población de pie y unida, donde todos estén involucrados, desde el Estado haitiano hasta los gobiernos extranjeros, desde el sector privado hasta la diáspora haitiana, desde las ONGs hasta los sectores populares y la clase media. ¿Sucederá esto o, por el contrario, nos vamos a instalar en una anomalía convertida en normalidad, como en Gonaïves o en Fonds Verrettes?

Una vez que se hayan ido los periodistas de las grandes cadenas internacionales y que se hayan apagado las cámaras que por ahora filman Haití, otros acontecimientos llamarán la atención del mundo y ocuparán la actualidad internacional. El *momentum* Haití se desvanecerá poco a poco, pero la cooperación internacional y la solidaridad de los amigos de Haití permanecerán firmes. No obstante, las mejores iniciativas, que pueden ser sin duda buenas en sí mismas —nominación de Bill Clinton como enviado especial de las Naciones Unidas en Haití y jefe de la reconstrucción; diversas conferencias de los prestamistas en el exterior; los consorcios de los países amigos; desarrollo de la educación, la salud, etcétera—, a falta de un interlocutor válido, se llevarán a cabo sin el actor haitiano y no podrán tener su verdadero sentido ni su profundidad en esta reconstrucción. En efecto, si no se realizan cambios de concepción, comportamiento y mentalidad, la reconstrucción física del país, en el mejor de los casos, será obra, quizá, de los actores internacionales los cuales sustituirán al Estado haitiano.

Doscientos años después de la conquista de la independencia, corresponde a los haitianos enfrentarse a esta abrumadora responsabilidad histórica que consiste en convertir una oportunidad en realidad: la refundación de una nación que con dignidad retomará su lugar en la sociedad de naciones y realizará el sueño bicentenario que atravesó toda nuestra historia de pueblo: la plena ciudadanía para todos los haitianos.

6 de febrero de 2010